

Un caballo en un mar de cisnes

(fragmento)

de Raluca Nagy

4. El chisme largo, transparente

Aunque tras el primer encuentro con Shinya del Año del Caballo –con *onsen* incluido y los palillos– no me apeteciera lo más mínimo salir de casa, de alguna manera logré convencerme para ir a clase: tenía que hacerlo. Pronto vendrían los exámenes finales de la extraña lengua. Me metí los cascos en los oídos y busqué por la biblioteca los manuales que incluían al final exámenes o ejemplos de preguntas. Cogí cuatro y entré en la estancia grande del segundo piso (según los estándares locales, en realidad el primero), donde había tres impresoras y una fotocopidora. Me puse en la cola, formada por un solo hombre japonés. Esperé unos tres o cuatro *Oh my God*, tras lo que empecé a resoplar y a quejarme para mis adentros, o quizás en voz alta, estaba claro es que no tenía la más mínima importancia, el japonés parecía dejado de la mano de *Oh my God* allí. ¿Cómo narices conseguía esta gente no tener que darse prisa nunca?

No tendrás prisa.

Yo siempre iba corriendo a todos lados, jadeando, perdida en la estación de turno, y seguía llegando tarde, casi todas y cada una de las veces. Nadie más iba corriendo y, aun así, nadie llegaba tarde, ni siquiera un minuto. En una ciudad de 30 millones de habitantes nadie se amontonaba, nadie empujaba, no existían fricciones. Todo funcionaba como una maquinaria bien engrasada. Hasta que se bloqueaba alguna ruedecilla... y entonces todo empezaba a tambalearse con todas sus fuerzas.

Cada vez más fuerte.

El japonés que estaba delante de mí se había echado a un lado unos cuantos pasos y miraba tambalearse a la fotocopidora.

Cada vez más fuerte.

–Terremoto...

-Enseguida pasa...

Sucedían casi a diario, ya eran casi banales. El primero lo viví delante del ordenador, en mi cajita, no entendía quién estaba meneando mi silla ni por qué. Tardé unas fracciones de segundo en darme cuenta de que estaba sola.

En Inglaterra no tenemos terremotos, o no lo suficientemente fuertes como para sentirlos. Los cataclismos son, en general, pocos. Aquel del que más había oído hablar sucedió antes de que yo naciera: la Gran Tormenta de 1987, un ciclón extratropical que había destruido seis de los siete robles a los que mi ciudad debía su nombre.

-*O quizás se los llevaron a Roppongi.*

-*Ja, ja, qué graciosa eres...*

En Tokio había notado más terremotos, aunque solo uno, con el epicentro en la propia capital, llegó a sobresaltarme realmente. A los japoneses les había asustado menos que sus propios pedos. Y estamos hablando de una cultura del pedo -un día, en el metro, el *sarariman* que estaba delante de mí se iba tirando uno por escalón, como si quisiera propulsarse al siguiente. Con el 3.11, el terremoto del 11 de marzo de 2011, la gente no bromeaba. Como los ancianos que (no) hablan de la guerra. Había transcurrido apenas un año y medio, me dije que no era posible que viniera otro grande, pero la fotocopiadora se meneaba cada vez más. El japonés que estaba delante de mí seguía pareciendo tranquilo; admiraba la ruidosa máquina desde la distancia, detrás de unas grandes gafas, con montura transparente e incoloras, como de cirujano, que continuaban en una mascarilla blanca. Yo había llevado una vez una de sus mascarillas, porque tosía, durante las semanas en las que me entró la astenia otoñal. De repente, se volvió y me miró fijamente; los ojos con epicantus, alargados y algo arqueados por la parte superior, se habían vuelto redondos, desproporcionados, como si las gafas transparentes se hubieran transformado repentinamente en lupas. Solo entonces entré en pánico.

El alboroto de fondo iba aumentando a paso lento pero seguro. La fotocopiadora ya no se meneaba, sino que se movía con rapidez, traqueteando como una lavadora en centrifugado. Las mesas de las impresoras y las estanterías de la sala se balanceaban al unísono. Me asaltó un estado extraño,

como el primer día en Meiji Dori; era un miedo absurdo, primario, pero me parecía a la vez extraordinario que, aunque había pasado tanto tiempo en casa encerrada, precisamente entonces no estaba sola en casa, como lo había estado durante el primer terremoto. Y fue como si todo el nerviosismo, recogido rápidamente de la rica cosecha de la fascinación caída y la soledad crónica, se reventó como un absceso. El pus se esparció por las cuatro paredes, por los muebles, por las impresoras, por la fotocopidora, por las gafas transparentes del japonés.

Barthes tiene un libro de fotografía, se llama *La cámara lúcida. Nota sobre la fotografía*. Dice que la fascinación es una experiencia estética basada en una intranquilidad interior que pasa cuando algo no puede ser nombrado. Lo nombré.

Terremoto.

Entonces me espabilé.

Yo también abrí los ojos de par en par, como el japonés que estaba delante de mí. Me quedé así, paralizada, durante lo que me pareció una eternidad. El terremoto duró un minuto, con una réplica de otro minuto, cuatro segundos después. Rebajas post-navideñas, dos por uno. Nos sacudió tanto en horizontal como en vertical. No me había movido lo más mínimo, no sabía qué hacer, aunque me había leído y releído el folleto obligatorio que tenía en la cartera con lo que hay que hacer en caso de terremoto. No sé cómo llegué a la calle, ni cómo se terminó. Los edificios todavía se balanceaban ligeramente. Había bastante gente en la calle, pero nadie emitía ni un sonido, ningún gesto dejaba atisbar su pánico. El alboroto se volvió entonces un ruido de fondo, como un dolor sordo, me daban ganas de cerrar los ojos y cogermela cabeza. Pero como nadie más lo hizo, yo tampoco.

Al final, se hizo el silencio y la gente empezó a trinar.

Oí a uno de mis profesores de japonés, al que había reconocido entre la multitud, diciendo que no había sido ni de lejos como el del 3.11. Pasó poco tiempo hasta que alguien consiguió entrar en Internet y confirmar que había sido de 7,3 en la escala Richter. Si un 7,3 era así, ¿cómo era un 9, como el del 3.11?

Entonces perdoné a todos los japoneses.

A Sato-san, a Shinya, a mis profesores y alumnos.

A los cisnes, a Kumiko.

A todos los que habían admirado lo bien que como con palillos.

De hecho, no solo a los japoneses, sino a todo el mundo que había pasado por el 3.11.

A Geoffrey, que estaba desaparecido en combate, a Inu, que no acababa de volver de una vez de Praga. Me moría de lo mucho que la echaba de menos. Pero lo que no te mata te hace más fuerte.

-*Tatsuru des* -se presentó el hombre que me había sacado a la calle, con una sonrisa desarmante en lugar de la mascarilla blanca. Después me saludó y volvió a entrar en el edificio. La multitud había empezado a dispersarse. No sabía qué hacer, así que hice lo que mejor se me daba: echar a andar hacia casa. Yo era la única que iba con prisas, todos los demás andaban por la calle con normalidad, entraban en las tiendas, en el metro. Yo fui la única que se echó a llorar, pero esta vez valientemente, no en público, sino una vez cerrada tras de mí la puerta de casa.